

T volver a proponer el ideal griego de amistad<sup>87</sup>. Las ecuaciones que pueden sacarse de las páginas de *La condición humana*, *Sobre la revolución* y *Sobre la violencia* son, si acaso, enunciables de la manera siguiente: todo lo que tiene que ver con el Estado es, y ha sido siempre, antipolítico, y la política jamás se ha identificado con el Estado. Porque para Hannah Arendt, la política y lo político son aquello que se sustrae al universo del dominio, aun cuando este dominio se ejercite como monopolio legítimo de la fuerza. Allí donde se está junto, sin posibilidad de recurrir a ninguna lógica estratégica, en la modalidad de la acción y del discurso, en un espacio público que consiente la pluralidad y la distinción, la identidad y la diferencia, allí hay política. Allí donde muchos emprenden coralmente una iniciativa que crea un nuevo espacio común dentro del cual sólo rigen relaciones horizontales, allí efectivamente se manifiesta lo político.

Por consiguiente, la muerte del Estado, supuesto siempre que haya tenido lugar de manera verdadera y definitiva, no induce a Hannah Arendt a repensar lo político. Parece simplemente no observarlo. Pero esa muerte es al mismo tiempo el síntoma de la agudización de la confusión de lo público y lo privado, diagnosticada también por Schmitt, que lleva al sofocamiento del espacio público. Y con la desaparición del espacio público no restaría sino constatar amargamente el fin de la